

Mis iniciales “escapadas” a la marisma.



(Reunión en la casa del lucio de Mari Lope. Octubre de 1987. De derecha a izquierda: “Pepe Clarita”, Anastasio Senra, Antonio Herrera, “El Maestro”, Francisco Llanos y Jesús Vozmediano).

*“¡Las marismas
llenas de bellos seres libres, que me esperan
en un árbol, un agua o una nube,
con su color, su forma, su canción, su gesto,
su ojo,
su comprensión hermosa,
dispuestos para mí que los entiendo!”*
(Juan Ramón Jiménez, *Espacio. Fragmento 1º*).

Era lógico que tras “descubrir” un rincón de las marismas de Doñana, un inimaginado pensil, en febrero de 1974 –como ya narré–, ignorando los accesos “oficiales” al Parque Nacional, lo que me desesperaba, dado que nadie parecía conocer no sólo las entradas ni las oficinas, sino la misma existencia de Doñana como tal, iniciase la búsqueda, casi siempre en compañía de mi amigo Anastasio Senra, internándome por muros que intuía que conducían a la vasta marisma, para disfrutar del ilimitado paisaje marismeño y aves en abundancia, que era lo que más me atraía.

Preguntando a las escasas personas con las que me cruzaba en los muros, pude llegar y conocer primero la zona del lucio del Lobo, y gracias a nueva información que fui obteniendo, al legendario lucio de Mari Lope y Las Nuevas, encaminándome su guarda Pepe Clarita a Javier Castroviejo, director de la Reserva Biológica, dándome la dirección de las anheladas oficinas del Parque en Sevilla.

Sin imaginarlo, representó un radical cambio en mi vida el conocer a este científico gallego –lo narraré más adelante–, y ya con su autorización, me hice frecuente visitante de esta marisma que me “caía” a poco más de una hora de Sevilla en mi primitivo pero aventurero coche 2CV, auténtico todoterreno, lo que me permitía huir de la capital cada vez que tenía un hueco, siempre a la búsqueda de “mi” cercano y soñado territorio “africano” en Andalucía.

Habitualmente solíamos salir de Sevilla Anastasio Senra y yo sobre las 6 de la mañana, para aprovechar la jornada al máximo. A veces, se sumaba Pilar Acosta, hoy mi esposa, o algún muy amigo, Rafael Martínez o Rafael Cornejo. La mayoría de las veces íbamos por los muros que parten de La Puebla del Río y, en otras, a medida que nos íbamos haciendo más atrevidos, desde El Rocío por la raya real hasta la Casa del Lobo, en la que vivía el guarda Isidro.

Un cinco de enero de 1976, día frío pero soleado, cómo correspondía, paramos Anastasio y yo en el muro, pegados al lucio del Lobo –evocador topónimo que siempre ha sido uno de los que más me han atraído de todos los nombres de Doñana–, ya en el límite de la Reserva Biológica y del Parque Nacional. A las ocho empezamos a ver las primeras formaciones de ánsares en unas ordenadas y muy extensas “uves”, algunas con cientos de gansos. Por fin nos encontrábamos en el paraíso largo tiempo buscado.

En el Lobo empezamos a ver ánades reales, patos cucharas, cercetas, fochas, porrones, entre otras especies. Hasta las diez y media estuvimos extasiados viendo entrar hacia el interior de Doñana flechas de ánsares y pequeños bandos de reales y cucharas. Continuamente nos teníamos que avisar, en voz baja, para girar rápidamente la cabeza y con los prismáticos observar un nuevo bando repentino que surgía a nuestra espalda. A veces, nos faltaban manos para utilizar los prismáticos, tomar notas, hacer fotos, cambiar los teleobjetivos o incluso filmar con una cámara de super-8 que era nuestra máxima tecnología punta. Sobre la orilla más lejana del inabarcable lucio, las grandes formaciones eran continuas en todas las direcciones, unas levantando el vuelo, otras amerizando; unas se dirigían hacia el interior, a Las Nuevas, Mari Lope, Lucio de los Ánsares; otras venían desde el interior al Lobo, y otros banditos directamente hacia nosotros. Eran decenas de grupos en un continuo ir y venir. A gran altura,

tres buitres leonados planeaban ya a media mañana, aprovechando el tibio sol que empezaba a calentar.

El griterío de ánsares era constante, envolviéndonos desde todas las direcciones. Isidro, hombre alto, decidido y amable, nos explicó que muchos ánsares iban a comer temprano a la finca de los Campos y a la Junta de los Caños, nombre éste que no se me olvidaría ya jamás, por las luchas que conllevó intentar conseguir la Regeneración Hídrica en esta zona –de ese desagradable tema ya hablaré en exceso más adelante–, para aprovechar los cultivos varios, el arroz, etc., pero que después, al atardecer, regresaban en grandes bandos a la protección que sólo les podía brindar el Parque Nacional.

Ese día, mientras retornábamos a Sevilla a la hora de almorzar, dada la festividad, los muros nos proporcionaron una visión continua de garcillas, garcetas, garzas reales, bandos de cigüeñas blancas y otras aves que en la lejanía no podíamos identificar.

Desde que conocí el lucio de Mari Lope este se convirtió al instante en uno de mis lugares preferidos, por su remota y oculta situación y la belleza del paisaje marismeño y de su avifauna. Para hacerlo aún más grato, en plena orilla del lucio se levantaba una blanca, sencilla y tradicional casita andaluza, en la que vivía el guarda José Rodríguez, “Pepe Clarita” y su familia. Esta entrañable familia me hacía todavía más placentera mis visitas a esta valiosa zona de Doñana.

Fue uno de los lugares en los que empecé a conocer en profundidad lo que era Doñana, su inabarcable complejidad, sus ecosistemas, fauna y flora, y mis primeros vernáculos y topónimos doñaneros.

A veces el atravesar la finca de Caracoles para llegar a Mari Lope, mi particular edén, se hacía difícil, especialmente en invierno y cuando había llovido recientemente, por los charcos y el fango que hacían patinar al coche, con el riesgo de quedarme atascado. Al llegar al límite donde empezaba el Parque Nacional, lo dejaba pegado a un canal cuyo objetivo entonces lo desconocía, y tras atravesarlo en equilibrio por unos tablones, puestos a modo de precario puente, cogía un pequeño camino de grava, rodeado por la marisma inundada, hasta llegar a la casa de Mari Lope. A esto se le sumaba en ocasiones las ingentes nubes de mosquitos, que llegaban a ponerme nervioso. Más todo me compensaba y todo tenía aliciente para mí, desde los atascos hasta los mosquitos.

A veces, el regreso lo hacía ya de noche, primero andando muy despacio por el caminito para no caer en la marisma encharcada, y después con el coche a paso de caballo para evitar pasar la noche atascado en mitad de ningún sitio.

Las noches estrelladas eran un espectáculo que sólo se podía contemplar en estas soledades, a decenas de kilómetros de pueblos

habitados, sorprendiéndome las miles de lucecitas apretadas en el cielo de la marisma que me recordaban mi infancia en Isla Canela, la otra marisma aislada pero más pequeña y sin la vida ecológica de esta.

Desde que conocí a Pepe Clarita, en el año 1975 o 76, enseguida sentí que me encontraba frente a una persona singular y de gran valía. Era un hombre enérgico, de carácter, muy decidido, que no dudaba en llamar la atención, cordial pero firmemente, cuando se infringía alguna de sus normas ecológicas que podían afectar a la fauna, la flora o a “su” lucio de Mari Lope. A Anastasio y a mí en más de una ocasión nos reprendió amistosamente por “hacernos los listos”, ya fuese porque nos acercábamos excesivamente a un nido para hacer mejores fotos o porque nos adentrábamos en el lucio en una zona no conveniente. Y aunque pensábamos que ya estábamos fuera de su vista, tras habernos dejado en una lejana esquina del lucio para hacerle fotos a las garzas imperiales o las cigüeñuelas, Pepe, desde lo alto de su azotea, controlaba cada paso que dábamos y al regreso nos llamaba la atención por haber movido el “hais” unas decenas de metros de donde él nos dejó exactamente. Posteriormente, supe que todos los Claritas eran iguales, hombres de carácter, auténticos amantes y defensores de la marisma, que no dudaban en llamarle la atención incluso a los propietarios de Las Nuevas, a pesar de ser ellos sus guardas y asalariados, cuando hacían algo indebido, o a los cazadores invitados, muchos de ellos personajes de la política, las finanzas o de la nobleza. Para ellos, “sus” patos, “su” marisma, eran sagrados y había que respetar las normas a rajatabla. Curiosamente, los propietarios los respetaban y acataban sin rechistar sus sugerencias o prohibiciones, dado que reconocían su profunda sabiduría del medio marismeño y su buena fe.

Lo anterior no quitaba que Pepe tuviese casi una permanente sonrisa irónica y que siempre me recibiese con una gran amabilidad y cordialidad. Lo primero que hacía cada vez que llegaba a la casa era subir con él a la azotea, auténtico y privilegiado mirador, y otear toda la marisma. En invierno, contemplaba un lucio oceánico, que se unía con el siguiente y este con el otro, y soñaba que se unían finalmente con el mar. Imaginaba el lucio de Mari Lope unido al lucio de Mari Lope Chico, y este a su vez al lucio del Nudo, y al de Vetas Altas, y al del Rey, y al del Buen Tiro, y al de Sanlúcar, y al de Sevilla, y al lucio del Membrillo y sabe Dios cuantos más. Imaginaba la marisma de siglos pasados, cuando llegaba a las puertas de La Puebla y era un delta amazónico de casi 300.000 hectáreas. Me consolaba pensando que en ese caso yo no podría haber llegado a este lucio tan rápida y fácilmente, hubiese necesitado días y guías.

Pepe, con su envidiable vista y experiencia, me iba explicando las aves posadas o las que nos pasaban volando, muchas sin que yo las otease ni con los prismáticos. En la rielante superficie del lucio de Mari Lope me

iba señalando especie a especie, diciéndome su nombre tradicional, mientras me detallaba características específicas de cada una. Y, así, aprendí a distinguir *gallaretas*¹, *palitroques*², *chibebes*³, *estaquillas*⁴, *cagazos*⁵, *baquiruelas*⁶, *carmelitas*⁷, *carretonas*⁸, *cascabelitos*⁹, *cenizos*¹⁰, *cerrojitos de mayo*¹¹, *chuchones*¹², *claudios*¹³, *cornejones*¹⁴, *cucharetos*¹⁵, *espurgabueyes*¹⁶, *frailes*¹⁷, *gachonas*¹⁸, *gaitas*¹⁹, *galleguitos*²⁰, *gallos azules*²¹, *garcillas de noche*²², *garzas moriscas*²³, *lavancos*²⁴, *mariquitas*²⁵, *mataperros*²⁶, *miracielos*²⁷, *negretes*²⁸, *noveletas*²⁹, *pagazas*³⁰, *paletones*³¹, *pepinitas*³², *picolaos*³³, *salseretas*³⁴ y mil más y, por supuesto, los *pájaros*³⁵.

En ocasiones veíamos cómo las aves se *envetaban*, otras *echaban corros*, o se trasladaban a la marisma *chapalateá* o llena de *garruños*, o los cogíamos en la época de la *mancá*, cuando formaban sorprendentes *manqueras*.

En constante planeo, a la búsqueda de su comida diaria,

¹ **Gallareta**, Focha común, *Fulica atra*. Ver Vozmediano, 2010.

² **Palitroque**, Espátula, *Platalea leucorodia*. Ver Vozmediano, 2010.

³ **Chibebe**, Archibebe común, *Tringa totanus*. Ver Vozmediano, 2010.

⁴ **Estaquilla**, Aguja colinegra, *Limosa limosa*. Ver Vozmediano, 2010.

⁵ **Cagazo**, Canastera común, *Glareola pratincola*. Ver Vozmediano, 2010.

⁶ **Baquiruela**, Avoceta, *Recurvirostra avosetta*. Ver Vozmediano, 2010.

⁷ **Carmelita**, Fumarel común, *Chlidonias niger*. Ver Vozmediano, 2010.

⁸ **Carretona**, Cerceta carretona, *Anas querquedula*. Ver Vozmediano, 2010.

⁹ **Cascabelito**, Chorlitejo chico, *Charadrius dubius*. Ver Vozmediano, 2010.

¹⁰ **Cenizo**, Porrón europeo, *Aythya ferina*. Ver Vozmediano, 2010.

¹¹ **Cerrojito de mayo**, Carbonero común, *Parus major*. Ver Vozmediano, 2010.

¹² **Chuchón**, Cuchara común, *Anas clypeata*. Ver Vozmediano, 2010.

¹³ **Claudio**, Pato colorado, *Netta rufina*. Ver Vozmediano, 2010.

¹⁴ **Cornejón**, Morito común, *Plegadis falcinellus*. Ver Vozmediano, 2010.

¹⁵ **Cuchareto**, Cuchara común, *Anas clypeata*. Ver Vozmediano, 2010.

¹⁶ **Espurgabuey**, Garcilla bueyera, *Bubulcus ibis*. Ver Vozmediano, 2010.

¹⁷ **Fraile**, Cigüeñuela común, *Himantopus himantopus*. Ver Vozmediano, 2010.

¹⁸ **Gachona**, Agachadiza común, *Gallinago gallinago*. Ver Vozmediano, 2010.

¹⁹ **Gaita**, Somormujo lavanco, *Podiceps cristatus*. Ver Vozmediano, 2010.

²⁰ **Galleguito**, Chorlitejo chico, *Charadrius dubius*. Ver Vozmediano, 2010.

²¹ **Gallo azul**, Calamón, *Porphyrio porphyrio*. Ver Vozmediano, 2010.

²² **Garcilla de noche**, Martinete común, *Nycticorax nycticorax*. Ver Vozmediano, 2010.

²³ **Garza morisca**, Garza imperial, *Ardea purpurea*. Ver Vozmediano, 2010.

²⁴ **Lavanco**, Tarro canelo, *Tadorna ferruginea*. Ver Vozmediano, 2010.

²⁵ **Mariquita**, Fumarel común, *Chlidonias niger*. Ver Vozmediano, 2010.

²⁶ **Mataperros**, Polluela chica, *Porzana pusilla*. Ver Vozmediano, 2010.

²⁷ **Miracielo**, Avetorillo común, *Ixobrychus minutus*. Ver Vozmediano, 2010.

²⁸ **Negrete**, Porrón pardo, *Aythya nyroca*. Ver Vozmediano, 2010.

²⁹ **Noveleta**, Zampullín cuellinegro, *Podiceps nigricollis*. Ver Vozmediano, 2010.

³⁰ **Pagaza**, Gaviota picofina, *Larus genei*. Ver Vozmediano, 2010.

³¹ **Paleto**, Cuchara común, *Anas clypeata*. Ver Vozmediano, 2010.

³² **Pepitita**, Lavandera blanca, *Motacilla alba*. Ver Vozmediano, 2010.

³³ **Picolao**, Cuchara común, *Anas clypeata*. Ver Vozmediano, 2010.

³⁴ **Salsereta**, Cerceta común, *Anas crecca*. Ver Vozmediano, 2010.

³⁵ **Pájaro**, el, Ánsar común, *Anser anser*. Ver Vozmediano, 2010.

observábamos *bilanos*³⁶, *biñotos*³⁷, *halconcillos*³⁸..., todo ello dependiendo por supuesto de la estación del año, del mes, del día, de la hora y del viento, fuese foreño, terral, de levante, etc. En ocasiones, Pepe, con su permanente sonrisa e ironía, me preguntaba el nombre tradicional de algún pato que nos sobrevolaba, o me decía:

–Ahora están en tó la fuga los pájaros de la marisma, ¿Sa enterao usted? –Por supuesto no captaba el más mínimo sentido de esa sonora pero enigmática frase–.

En otras ocasiones me iba indicando los lugares más característicos de esta marisma, de bellísimos topónimos y vernáculos como El Cangrejo Grande, Veta de Socolaera, Veta de la Choza de Manuel el Torero, Quebrá Rivera, El Lucio del Lobo, El Lucio del Lobo Chico, Veta las Piedras, Pozo de Veta las Piedras, El Velaero, La Veta de los Ánsares, Pozo de Mari Lópe, Pozo Viejo de Mari Lope, casa del Lobo, Veta de la Choza de Mari Lope, Veta del Comino, La Llana de Mari Lope, El Lucio de Mari Lope, El Lucio de Mari Lope Chico, Veta Larga o Veta Matias, El Travieso Nuevo, Quebrá de la Sarceta, Los Paciles del Travieso, El Cangrejo Chico, Lucio del Aro, Veta del Aro, Quebrá del Aro, Pozo del Armajal, Pozo de Mari Lope Chico, Veta la Liebre, El Rincón del Velaero, Rabizón del Velaero, El Vetón del Gato, El Vetón de los Cochinos, Quebrá de Veta la Cierva, Veta la Cierva, El Lucio del Nuo, El Travieso, La Quebrá del Zorro, El Pozo de las Colás, El Lucio del Porrón, Vetas Altas, Veta del Sueño, Leo Biaggi, Lucio de Vetas Altas, Las Gavetas, Caño Cerrajola o Caño del Scherry, Choza de Pepe el Torero en el Cherry, Casa del Scherry, El Rincón de las Gavetas, El Lucio Redondo, Lucio Los Huertos, Huerto de los Zorros, Lucio del Buen Tiro, Las Vetas de Buen Tiro, Lucio el Amuraillo, Lucio el Rinconcillo, La Colá del Lucio de Vetas Altas al Travieso, Los Armajos Dulces, El Piquillo de la Sarceta, Casa de Las Nuevas, Compuerta del Cherry, Canal de Grao del Lucio Grande a la Compuerta del Cherry, Lucio Grande, Rincón de los Corros, Lucio Sevilla, Caño Nuevo, Caño de Las Nuevas, Lucio de Sanlúcar, La Vetilla de las Piedras, Casa de Brenes, El Lucillo de los Patos Reales, Lucio del Rey, Juncabalejo, El Desierto, Las Honduras del Travieso, El Pacil de las Baquiruelas, Lucio de la Piedra, etc.

Muchos de estos topónimos son vernáculos ya olvidados y desconocidos para una inmensa mayoría. Con sólo una o dos palabras enseñan más sobre la geografía y la ecología de Doñana que toda una extensa e innecesaria frase científica. Cito algunos ejemplos y dejo que el

³⁶ **Bilano morisco**, Milano negro, *Milvus migrans* y **Bilano real**, Milano real, *Milvus milvus*. Ver Vozmediano, 2010.

³⁷ **Biñoto**, Busardo ratonero, *Buteo buteo*. Ver Vozmediano, 2010.

³⁸ **Halconcillo**, Alcotán europeo, *Falco subbuteo*. Ver Vozmediano, 2010.

lector investigue el auténtico significado: El Pozo de las Colás, Los Armajos Dulces, Juncabalejo, Quebrá de la Sarceta, Rincón de los Corros, El Pacil de las Baquiruelas o Los Paciles del Travieso. Voy a enumerar otros más comprensibles pero tan sonorosos y poéticos como los anteriores: El Lucio del Lobo, El Lucillo de los Patos Reales, Veta la Liebre, La Quebrá del Zorro, La Veta de los Ánsares o El Vetón del Gato.

Por supuesto, la inmensa mayoría de estos lugares ni los veía ni los atisbaba, pero en mi mente se iban grabando, en un invisible mapa de la marisma que iba dibujando e imaginando, a medida que Pepe me iba explanando el territorio y señalando topónimos.

De vez en cuando le decía a Pepe que había venido a Mari Lope a relajarme, pero que con tantos nombres e historias cómo me exponía continuamente no me daba lugar ni a memorizarlos ni a escribirlos, por lo que terminaba estresado, ya que no quería que se me escapase nada. Entre risas, con la plácida paciencia que la vida en la marisma le había imbuido, me los repetía mil veces, hasta que yo los tenía ya atesorados bien en mi escasa memoria o, sobre todo, en mis cuadernos de campo. Estas inolvidables “clases magistrales”, impartidas in situ, nunca las podré olvidar. Por eso, ahora, me alegra profundamente, aunque también me entristece por múltiples causas, poder dejarlas escritas en su memoria.

Pepe –como los restantes Claritas, o Boixo, o Pepe el Torero, o los Espinar, o los Vázquez, o los Chico, etc.–, era una auténtica enciclopedia viviente de Doñana, que debería haber sido grabado y sus ingentes conocimientos publicados; pero era ignorado, como todos los demás sabios pobladores de la Marisma y del Coto, por los prepotentes e ignorantes políticos y responsables de Administraciones varias, lo que tampoco debe extrañarnos, dado que lo venimos sufriendo desde hace siglos. Sólo lo que aprendí de estos guardas durante años, me daría para varios tomos, con miles de páginas.

Por la marisma, ya fuésemos a pié, a caballo, o en *cajón*, ignorándonos completamente, se desplazaban pausadamente *mostrencas*, *cornalonas* y algún excepcional *retuertero*. Los indescritibles paseos a caballo, unas veces para ver fauna, otras para conocer lugares nuevos y, en otras, para instalar “*hais*” y hacer mis primeras fotografías de la marisma, son imágenes inolvidables.

Los amaneceres y atardeceres sobre el lucio desbordado de agua, en inviernos húmedos y desde el mirador de la azotea, fueron otros momentos de hechizo, a veces con bandos de patos, flamencos o ánsares cruzando un sol irisado. En la lejanía, llegábamos a ver las ondulantes y vivas dunas saharianas del Cerro de los Ánsares.

Uno de los encantos de la marisma es que ningún día es similar a otro. Cada jornada nos proporciona una sorpresa. Un día podremos ver

miles de ánsares y patos, y al día siguiente observar muy pocos. Precisamente, en mi diario, tengo anotado que una semana después de este 5 de enero, en una nueva escapada, esta vez con Pilar, pudimos observar una cifra considerablemente superior de gansos y cercetas y, en la zona central del lucio del Lobo, un enorme bando de flamencos. Esa mañana, las formaciones en V eran pequeñas pero continuas, integradas por diez, quince o veinte ánsares, algunas a baja altura, por lo que la perfecta observación de ellos, unido a sus potentes y continuos cantos, me hacía olvidar que me encontraba en este caótico planeta.

No era raro que a veces coincidiésemos en la aislada casa de Mari Lope una “multitud”, entre Pepe y su familia, algunos guardas que se habían acercado a verlo, más Anastasio y yo.

Recuerdo un excepcional día en el que al llegar estaban en la casa, además de Pepe y su mujer, Antonio Herrera “El Maestro” y su hijo Antonio Herrera. Alrededor de la mesa del salón nos pusimos a charlar sobre mil cosas, en acelerada conversación andaluza. El Maestro habló del tiempo y de que había hecho las “*cabañuelas*”. No perdí un segundo en pedirle que me explicase cómo las hacía. Con todo detalle me lo fue explicando, mientras yo tomaba nota:

—Mire usted, la primera *cabañuela* se ve el día de San José, el 24 de junio, al apuntar el sol. Se mira pá donde gira la veleta; si el viento viene del sur, hay agua. También se mira el comportamiento del tiempo ese día, si es seco, lluvioso, tempestuoso. Luego se mira al apuntar el sol los doce primeros días de agosto. Cada día es un mes. Así, el día 1 es enero; el día 2 es febrero; el día 3 marzo, etc. ¿Se ha enterao cómo lo hago? Aunque no es tan sencillo. Se necesita mucha experiencia, muchos años en la marisma y ver con mucho cuidao todos los detalles. Aunque cada vez está más loco el tiempo.

Así terminó la explicación, con la intuición por “El Maestro” del cambio climático que está afectando a todo el planeta.

También se me viene a la cabeza cómo, aprovechando estas visitas, interrogaba a Pepe sobre temas varios que se me ocurrían y, poco a poco, este paciente y profundo conocedor de todo lo concerniente a la marisma me iba narrando retazos de su vida, de especiales características de las especies que la habitaban, y mil historias y anécdotas tristes y alegres, de una época que ya jamás volverá.

Pepe Clarita me explicó en otra ocasión el sistema que seguía para cabalgar por la marisma en noches cerradas y orientarse. Miraba las estrellas y cogía una fija sobre el lugar al que quería ir, y de esa forma conseguía avanzar poco a poco, sin perder la estrella, cuidando de no caer en *ojos* o *caños* profundos, en noches oscuras e infernales. Si había luna llena su luz le permitía orientarse con los accidentes del terreno, que se los

conocía como si fuese un mapa dibujado en su mente. La misma profundidad del agua le servía para deducir por donde iba, si se trataba de un *caño*, de un pequeño *lucio*, de una laguna, etc., y el aumento o disminución de la profundidad también le orientaba si estaba “subiendo” hacia un *pacil*, o adentrándose en un *caño hondo*.

Pepe me contó que hubo noches tan negras y tempestuosas que tenía que aprovechar la momentánea luz de los relámpagos para orientarse y seguir avanzando hacia su lejana casa, bajo un diluvio que iba inundando peligrosamente toda la marisma. En más de una ocasión su vida dependió del instinto del caballo, unido a su conocimiento del terreno, para poder llegar a su choza, en un *pacil* que empezaba a inundarse. A tal punto llegaba la íntima e imperceptible unión del guarda y su montura.

Otro día, en el que pausadamente íbamos bordeando el lucio, me dio toda una clase sobre los huevos de las aves marismeñas. Antes de partir de su casa me enseñó un cubo lleno de huevos de *gallaretas* que se lo había quitado a un furtivo que iba *hueveando* por la marisma. Tras mi consabido interrogatorio, aprovechó para explicarme cómo distinguía los huevos empollados de los que aún no lo estaban:

—El huevo que flota es el que tiene pollo y si se hunde es que no está aún incubado. Yo lo averiguo poniendo el huevo que he cogido en la palma de mi mano, y muy despacio la hundo en el agua de la marisma. Y así lo averiguo al segundo.

Y de ahí pasó a enumerarme nombres vernáculos, como *huevo claro*³⁹, *huevo menúo*⁴⁰, *huevo rabuo*⁴¹, *huevear*⁴², etc.

En contadas ocasiones, en los alrededores de Mari Lope, pude contemplar, extasiado, agrupaciones de grullas, algo inimaginable para mí, que sólo las situaba en Extremadura.

Estos sensibles guardas, y especialmente Pepe, me informaban de “anomalías” que descubrían, de problemas en la marisma, que además de comunicárselos a sus superiores me los transmitían, ya fuese que había habido excesiva caza en Caracoles y además se habían cazado algunas especies protegidas; ya fuese que el agua de la marisma no era buena; y un extenso etcétera.

Un tres de octubre de otro año, de nuevo nos escapamos Anastasio y yo a la marisma. Nos atraía tanto que nos adentrábamos con nuestros primitivos y sencillos turismos, sin importarnos el riesgo de golpes, atascos en el barro, patinazos, etc. En esta ocasión fuimos en mi R-18, que había sustituido al ya envejecido e irrecuperable 2CV.

³⁹ Huevo claro: el huevo aún no empollado. Ver Vozmediano, 2010.

⁴⁰ Huevo menúo: el huevo de las aves de la marisma de menor tamaño que los de los patos. Ver Vozmediano, 2010.

⁴¹ Huevo rabúo: Huevo del rabilargo o del ánade rabudo. Ver Vozmediano, 2010.

⁴² Huevear: Acción de recolectar huevos en la marisma. Ver Vozmediano, 2010.

Deseo hacer un inciso para recordar una ocasión –yo no iba, y no recuerdo que urgente asunto me lo impidió–, en la cual Anastasio, mirando embobado los pájaros, como le sucedía con frecuencia, se salió del muro con su turismo y volcó el coche, afortunadamente sin consecuencias. He de recordar que ha habido gente, de los pueblos o poblados del entorno, que ha muerto ahogada, atrapada en el interior del vehículo, al caer sus coches del muro a los estrechos y profundos canales que los bordean. Por ello, el circular por estos muros, con nuestros sencillos turismos y nuestra falta de experiencia en la conducción por terrenos inestables, conllevaba una cierta aventura arriesgada, lo que en el fondo representaba otro oculto aliciente.

En esta nueva escapada, tras recoger a Francisco Llanos, guarda del ICONA, en Isla Mayor, pasamos por la zona del Cangrejo y nos adentramos en la finca Los Caracoles. Pepe Clarita y Llanos nos habían informado que su propietario la estaba vendiendo por pequeñas parcelas de 5 a 10 hectáreas y Anastasio y yo soñábamos en aquel entonces con que nuestra asociación Ándalus, tal como venían haciendo las, económicamente potentes, ONGs. extranjeras desde hacía décadas, pudiese adquirir un pequeño y simbólico trozo de marisma para conservarlo y desde allí poder controlar todo el entorno. He de indicar que Los Caracoles lindan con la zona de Mari Lope y siempre fue un lugar privilegiado y excepcional para la avifauna marismeña desde épocas históricas, hasta que el propietario la adquirió, la desecó y parceló.

Con esta ilusión y disculpa, en un día cubierto y chispeante, nos arriesgamos por los caminos y muritos de esta finca. La compañía del veterano guarda Llanos nos daba tranquilidad. De vez en cuando parábamos para ver la patería, el espectáculo que más nos atraía a Anastasio y a mí. En el plateado Travieso, *caño* de alto valor ecológico, en gran parte desviado y desecado, veíamos bandos de flamencos, y el éxtasis llegó cuando avistamos 34 ánsares volando en perfecta formación y que, según Llanos, eran los primeros que estaban entrando en este año en su anual migración desde el norte de Europa. En reverencial silencio les dimos la bienvenida y ellos, cómo si lo agradeciesen, pasaron sobre nosotros graznando alegremente y se dirigieron a Las Nuevas, zona de histórica querencia para estos gansos. El ambiente marismeño era de paz, aislamiento y pureza de atmósfera. La privilegiada contemplación de los ánsares nos dejó enmudecidos durante un rato. La parte negativa, que en seguida intuimos, es que en esa fecha las marismas de Doñana estaban todavía totalmente secas, incluido el lucio de Mari Lope, y los ánsares tendrían que salir de los protectores límites del Parque Nacional a los arrozales del Norte y el Este para comer, donde podían ser fácilmente cazados.

Mientras avanzábamos lentamente con el coche, seguíamos viendo

gran cantidad de patos reales, cercetas, etc., indicándonos Llanos que en la zona de entremuros, que irónicamente era la única que tenía agua y no estaba protegida jurídicamente, él calculaba que habría unos cuatro o cinco mil patos. Por los caminos de Caracoles llegamos hasta la entrada de Mari Lope. Dejamos el coche aparcado junto al gran canal artificial de desagüe, hecho precisamente para desecar Caracoles, que servía al mismo tiempo de límite entre esta finca y la marisma protegida de Doñana, y por el puente de tablas, puestas sobre este nefasto canal que no debería jamás de haberse permitido, nos adentramos en el Parque Nacional, cogiendo por un estrechito camino hacia la andaluza casa de Pepe Clarita. Sobre las 12,30 llegamos, encontrándonos con la agradable sorpresa de que a pesar de la hora estaba Pepe –algunas veces que fuimos sin avisar a su casa tuvimos que esperarlo, a veces durante horas, pues se había ido a caballo a vigilar o a perseguir furtivos–; más en esta ocasión no sólo estaba él, sino también otra vez El Maestro y su hijo Antonio. Tras subir a la azotea, donde apenas vimos algo por la sequía, una agradable tertulia se formó en torno a la mesa del salón. Inmediatamente salió un tema desagradable. El ICONA, que durante su existencia fue un funesto e insensible organismo en todos los aspectos, les había dado un ultimátum a estos tradicionales guardas, que vivían aislados en las casas de la marisma, para que sacasen su escaso ganado de vacas, caballos y ovejas del Parque Nacional. Además de guardas todos ellos eran ganaderos vocacionales y tradicionales, y su ganado, única distracción en este perdido confín europeo, les ayudaba además a sustentar a la familia, dado que con el escaso y injusto sueldo que tenían apenas podían ir viviendo. La ignorancia y estupidez de algunos políticos y técnicos del ICONA les hacía desconocer que, en primer lugar, siempre había habido ganado en la marisma y siempre los propietarios les habían permitido a sus guardas tener unas pocas cabezas de vacas, caballos, ovejas y cerdos. Y, en segundo lugar, el ganado era un acicate para que estos recios hombres de campo, que donde se encontraban a gusto era sobre sus monturas, perdidos por la Marisma o el Coto, estuviesen mucho más tiempo a caballo sobre el terreno, dado que además de vigilar aprovechaban para ir ver a sus animales, algunos alejados de sus chozas o casas, lo que hacía que trabajasen diez, doce o más horas diarias, todos los días de la semana. Siempre escuché la queja de las sufridas y valientes mujeres marismeñas, de que sabían la hora en que salían sus hombres, pero jamás sabían la hora en que regresarían y, a veces, ni el día, pues podía cogerles la noche tan lejos, o una imprevisto tormenta, o una persecución de furtivos, que se tenían que quedar a pasar la noche en alguna choza remota o en la casa de otro guarda.

Lo indignante es que años después el Parque se vio inundado por ganado –introducido en ocasiones a la fuerza–, de habitantes de los pueblos

del entorno, y ello en número excesivo, con el consiguiente impacto ambiental, problema éste que, como muchos otros que iremos conociendo, nunca se ha llegado a solucionar racional y bajo criterios exclusivamente de conservación, al punto que en la actualidad entran decenas de vehículos a motor en el Parque Nacional con la excusa de que los propietarios de ganado tienen que vigilar sus reses, y en vez de ir a caballo desde el pueblo los llevan en remolques tirados por todo terrenos y, una vez dentro de Doñana, sacan los caballos y dan sus paseos. Todo un “tradicional y ecológico” sistema ganadero. En el futuro quizás vigilen a sus reses desde helicópteros, como ya se hace en las inmensas llanadas de Argentina o Australia, y tampoco se les podrá prohibir, por intereses políticos, para evitar perder votantes.

Como siempre me ha sucedido cada vez que he ido a Doñana, la jornada se tornó agridulce. El paisaje, la marisma, los ánsares, la conversación con estos hombres, con los que podía estar hablando durante meses, tomando notas de sus insólitas existencias, de sus experiencias, de la inagotable vida de Doñana, etc., todo se veía oscurecido por estos hechos que me enfurecían al máximo. Por supuesto, este tema del ganado lo llevé al Patronato, sin indicar quienes me lo habían dicho para evitarles aún más complicaciones, y en algo se pudo mitigar la discrecional, estúpida e injusta medida.

Ezra Pound en una ocasión manifestó que “Gobernar es el arte de crear problemas con cuya solución mantener a la población en vilo”. Podría haber sido ésta la máxima del ICONA.

Encarna, la mujer de Pepe Clarita, para hacernos más grata aún la reunión, nos puso unas cervezas y unas tapas. Seguimos hablando de los problemas de la guardería, de la falta de medios, de los problemas de la marisma, de cómo ésta se iba perdiendo, y de mil problemas más. El pesimismo flotaba en el ambiente. Dado que los ánsares estaban llegando y la marisma estaba totalmente seca, estos sabios hombres opinaban que sería conveniente llenar el lucio del Buen Tiro en Las Nuevas para que los patos se aquerenciasen en el interior del Parque Nacional y estuviesen protegidos. Por supuesto, nada se hizo, dado que las opiniones de ellos eran ignoradas, y ese año muchos patos y ánsares, quizás en excesivo número, murieron cazados.

Siempre me pareció una imperdonable laguna jurídica que absolutamente todo el entorno de Doñana no estuviese protegido con un amplio preparque o zona de protección limitada, en el que se prohibiese todas las actividades negativas e impactantes para el Parque Nacional. Así, en alguna ocasión, pude ver a cazadores que se ponían en el justo límite del Parque Nacional y anátida que lo traspasaba anátida que era cazada. Obviamente, los pobres e ignorante patos desconocían los límites jurídicos

en los que se jugaban la vida por traspasarlos. Finalizamos la tertulia con las últimas experiencias con los furtivos y las especies que hasta ahora habían visto Pepe y “El Maestro”.

Sobre las dos de la tarde, con pesar y resignación, regresamos al coche y tras dejar a Francisco Llanos en su pueblo seguimos para Sevilla. Había sido otra mañana marismeña muy aprovechada, en la que como siempre me había relajado y aprendido mucho, pero el sabor agri dulce permanecía en mi mente.

A su jubilación, en los años noventa del pasado siglo, “Pepe Clarita” abandonó Mari Lope para siempre. Posteriormente, en la primera década de este siglo, la casa de Mari Lope, así como la de Leo Biaggi y la del Lobo, todas mandadas construir por José Antonio Valverde, primer director de la Estación Biológica, fueron derribadas por la Administración y en el año 2010 falleció “Pepe Clarita”. Años antes, concretamente en 1989, a la injusta edad de 44 años había fallecido mi gran amigo Anastasio Senra, compañero incansable durante décadas de mil excursiones y luchas ecológicas.

Las aguas de Doñana se han ido contaminando a unos niveles desconocidos de toxicidad y su marisma colmatando. Sirva de referencia empírica lo que recientemente me contó Pepe el Torero:

–Lo má jondo de la marisma eran Las Nuevas, y dentro de Las Nuevas el Lucio Grande, en el que podía un caballo casi nadar en las grandes arriás. En esos inviernos les llegaba el agua a los caballos a la barriga. Eso ya hoy se acabó.

Para mí, este simple dato producto de una experiencia de decenas de años de vida marismeña, es más fiable que todos los estudios científicos obtenidos con costosos ordenadores o satélites que me transmitan organismos oficiales, y demuestra objetivamente que una marisma que antaño tenía grandes irregularidades, diversas profundidades, ríos, *caños*, *quebradas*, *traviesos*, *lucios*, *ojos*, etc., hoy se está convirtiendo en un uniforme y llano desierto, con la vida decreciendo, al cubrir la tierra y la arena transportada por el viento toda la vegetación tradicional. Si a ello se le suma que el agua, antaño limpia, hoy está enarenada y contaminada por residuos mineros, decenas de pesticidas diversos, lluvia ácida procedente del Polo Químico de Huelva, aguas residuales de los pueblos del entono que hasta hace poco carecían de depuradoras, etc., no nos podemos extrañar de que el número de especies de fauna y flora vaya disminuyendo de forma irreversible.

¿Qué queda de aquella marisma, de los lucios de Mari Lope, de Las Nuevas, de...? Pues quedan lucios colmatados, encenagados, moribundos, cada vez con menos vida, sin sus tradicionales aguas cristalinas, con un paterío en disminución; quedan menos ánsares y se quedan menos tiempo;

quedan las históricas casas de Las Nuevas, Leo Biagi, Mari Lope y El Lobo, derribadas; queda el Palacio de Las Nuevas en ruinas; queda la marisma sin sus guardas tradicionales a caballo; queda casi nada.

De Doñana ya no se puede decir lo que Famivel admiraba del Parque Nacional de la Vanoise: “He aquí el espacio, he aquí el aire puro, he aquí el silencio... aguas libres, hombres libres. Aquí comienza el país de la libertad.”

Finalizo recordando y coincidiendo absolutamente con el inmortal Epicuro: “Conoce la naturaleza, sólo si la escuchas serás feliz.”

Yo fui feliz muchas veces en la marisma de Mari Lope.